

Jesús, El Vencedor De Nuestras Tribulaciones

Martín Lutero

Sermón matutino del Viernes Santo.

Fecha: 7 de abril de 1531.

Texto: Mateo 26:36-57 (66); Marcos 14:32-53 (64); Lucas 22:39-54 (71); Juan 18:1-24.

Sabéis que en el día que hoy celebramos, era costumbre extenderse en una larga predicación. Sin embargo, poco era en realidad lo que en estas predicaciones se decía en cuanto a la pasión de Cristo, a pesar de que este día ha sido establecido para que se haga oír este texto, a fin de que lo relatado en él quede fijo en la mente de los cristianos. Por otra parte, es ésta una prédica que debiera hacerse a diario; pues el propósito con que ha sido instituida es el que menciona Cristo mismo: "Haced esto en memoria de mí" (Lucas 22:19). Dividiremos nuestra predicación en cuatro partes. Ayer habéis oído lo que sucedió el Jueves Santo, a saber, que Cristo instituyó la Santa Cena, dignísimo sacramento destinado a todos nosotros. Además, al despedirse de sus discípulos, les dejó un ejemplo de cómo vivir cristianamente, esto es, que cada cual tenga del otro un concepto más elevado que de sí mismo, que sea su servidor, y se ejercite en la humildad. Si se procediera según esta norma, no tendríamos necesidad de ley alguna. Así como para lo primero, quiero decir, para la remisión de los pecados, no me hace falta más que esta sola cosa, a saber, la Santa Cena, así también para el vivir cristianamente no necesito más que este mandamiento: que tengamos a nuestro prójimo por más importante que a nosotros mismos, y que le sirvamos. Con estos dos puntos, el Señor quisiera mostrarnos cómo debe ser su pueblo cristiano, tanto en lo que hace a la fe del corazón como en lo que atañe a la vida exterior.

Sigue ahora el relato de lo que aconteció en el día de hoy: "Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos... Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú. Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad. Vino otra vez y los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras. Entonces vino a sus discípulos y les dijo: Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos; ved, se acerca el que me entrega. Mientras todavía hablaba, vino Judas, uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo. Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle.

Y en seguida se acercó a Jesús y dijo: ¡Salve, Maestro! Y le besó. Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron. .. Los que prendieron a Jesús le llevaron al sumo sacerdote Caifas, adonde estaban reunidos los escribas y los ancianos".

Ésta es la primera parte de la pasión de Cristo que nos relatan los Evangelios: cómo salió del atrio al huerto, y qué padeció allí y en la casa de Caifas. Hay una gran riqueza de contenido en lo que aquí se nos predica. Si hubiéramos de exponerlo todo, nos veríamos ante una tarea imposible. Por eso mismo debemos celebrar este día, para que se llegue a conocer al menos la historia como tal. Sin embargo, algo queremos decir al respecto.

La pasión de Cristo como hecho histórico.

La pasión de Cristo debe contemplarse de dos maneras: primeramente como historia, tal como acabamos de leerla. Debemos saber qué temores y tormentos sufrió, ante todo en su corazón pero además también en todos sus miembros. No hubo en él una sola vena que no hubiera sido invadida y horadada por el más amargo dolor.

I. La tribulación causada por el diablo en Getsemaní.

Fue el más grande de los sufrimientos, como no lo hubo antes ni lo habrá después. Así lo indica el sudor que la angustia le exprimió a Cristo, y que no sólo adhirió a sus ropas sino que cayó hasta la tierra. Esto nos hace ver de qué índole fue la lucha que tuvo que librar: fue en primer término una lucha con Satanás. No hay en el texto leído indicio de otra lucha. Esa angustia le fue causada a Jesús no por hombres — éstos todavía no se habían hecho presentes. Antes bien, aquí él estaba batallando con el autor de la muerte, como dice la Escritura. Dios mismo y los ángeles le habían abandonado; y él, que es el Maestro y Señor de la muerte, luchó completamente solo con aquel que es el adversario máximo, Lucifer, el príncipe de los demonios, y con todos sus ángeles. Esta lucha es mucho más encarnizada que la lucha con hombres. Los hombres pueden arrojarlo a uno en la cárcel, pueden cortar la cabeza, atacar el cuerpo, Lucifer empero puede atacar el cuerpo y el alma al mismo tiempo, como lo vemos aquí: primero tiembla y se angustia el alma, y después se ve afectado también el cuerpo, que tiene que sudar gotas de sangre, para que sepas con quién luchó Cristo en el huerto. Esa lucha ya comenzó en el paraíso, con la serpiente, el diablo, que sedujo a Eva y luego a Caín. Allí, en el huerto del Edén, el diablo atacó a nuestra carne y sangre e hizo a nuestros primeros padres víctimas de la muerte y de la condenación. Y este mismo diablo ataca ahora también, en el huerto de Getsemaní, a Cristo, y en él, a nuestra carne y sangre, e intenta envenenarla de la misma manera como en el paraíso. Hasta consigue que Cristo sude gotas de sangre. Pero aquí mismo, Cristo despoja al diablo de su poder.

Nadie jamás logrará explicar con palabras suficientes esta lucha, ni saldremos jamás del asombro ante el hecho de que Satanás, el príncipe de este mundo, que envenena a todos los hombres sobre la tierra, que este Satanás salga aquí perdedor. Pues aquí no se le pone ante las narices a un ángel, sino verdadera carne y sangre, debilitada además, carne y sangre que él había vencido ya antes, en el paraíso, cuando aún estaba sana y era fortalecida por la palabra de Dios. Por eso, el diablo pensó: ¿qué resistencia podrá oponerme esta carne débil, sujeta a la muerte? De ahí que en Getsemaní, el diablo sin duda estuvo mucho más lleno de amarga ira que en ocasión de aquella primera lucha en el paraíso, lo que a nuestro Dios y Señor le costó grande tribulación y dolores. ¡Oh, que jamás lo olvidemos, ni dejemos de darle las gracias por ello!

Después de este tormento del alma comienza el tormento del cuerpo de parte de aquellos que son miembros del diablo. Primero viene la cabeza, el diablo, luego sus miembros. Sin embargo, también el diablo mismo volvió una y otra vez al ataque, en aquella noche y cuando Jesús estuvo clavado en la cruz, pero siempre de nuevo fue rechazado. Esa persistencia del diablo la experimentamos también nosotros, día tras día, en las tribulaciones a que está expuesta nuestra carne, cuando somos tentados por la ira, la envidia, la deshonestidad. De esta manera, 'Satanás es el perseguidor más encarnizado. Quiere apoderarse del alma y del cuerpo a la vez, y así enfrentó a este hombre inocente con la muerte, el pecado y la condenación, todo al mismo tiempo. Al presente aún no podemos darnos cuenta cabal de la magnitud de los sufrimientos de Cristo, pero vendrá un día, el día postrero, en que lo veremos claramente, y entonces sí llegaremos a conocer con qué el diablo aterró a Cristo en tal forma que su sudor cayó en tierra cual gotas de sangre.

II. La tribulación ocasionada por el beso de Judas.

Después vienen los miembros del diablo y prenden a Jesús, En primer lugar, los evangelistas nos describen a Judas. Éste capitanea un piquete de soldados del emperador romano, de los que estaban bajo las órdenes de Pilatos, y además habían concentrado a los siervos de todos los principales sacerdotes y fariseos por temor a que el pueblo pudiera armar un disturbio al ver que lo estaban arrestando a Jesús. Por esto habían recurrido a Pilatos, más que a su Salvador. Y a esta multitud se agrega Judas. No se conforma con haber denunciado a Jesús. Les da además una señal para que puedan prenderle con toda seguridad, como queriendo decir: Yo no quiero ser el culpable; pero quiero mi dinero en el caso de que se os escape. Otros dicen que Jacobo tenía tanto parecido con Jesús que se podía confundir al uno con el otro. Pero yo opino que se produjo un alboroto en el huerto, y que todos corrían de un lado a otro, lo que indujo a Judas a creer que Jesús trataría de escapárseles, por lo que no quería besar a nadie sino a él. A pesar de esto, las cosas no sucedieron como Judas quería. Cristo se arma de valor y arriesga su cuerpo, su vida y su alma: les sale al encuentro, y ocurre ahora que le oyen hablar, y no obstante no le reconocen. Algunos dicen: Si Cristo no se hubiese dado a conocer expresamente, ni Judas le habría reconocido; y no cabe duda de que éste cayó a tierra como todos los demás.

Pero lo que más importa es esto: aquí se nos describe a un corazón enteramente endurecido. De esto nos damos cuenta sólo ahora que el evangelio se ha vuelto a descubrir. Esta descripción de Judas yo no la cambiaría ni por cien mil florines, pues nos sirve de fuerte consuelo, ya que la suerte que Cristo corrió en aquel entonces es la misma que la que el evangelio corre en nuestro tiempo presente, de modo que bien podemos decir: los perseguidores actuales del evangelio son hijos de Judas, y son unos traidores y malvados como lo fue él. Así como hicieron con Cristo, así hacen con nosotros. Ahí está ese amigo más íntimo de Cristo, el apóstol de más elevado rango, ¡y éste le entrega con un beso! Esto es verdaderamente el colmo. Y esto nos lo muestra a Judas tal como es, a saber: bajo el signo de la amistad y los gestos propios del amor, se puede practicar el más execrable odio. Judas cubre su actuar con este signo de la amistad, y no obstante, en su interior está lleno de demonios. Cuan grande habrá sido el dolor del Señor cuando le dijo: "¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?" (Lucas 22:48). Le había amonestado, pero todo fue en vano. Ahí tenemos ni más ni menos que un retrato del papado, de pies a cabeza. Nuestros Judas de ahora se jactan de ser los vicarios de Jesucristo y afirman que no permitirán que sea abolido el verdadero culto a Dios, y entre tanto, besando a Jesús y mostrándole cara de amigos, le crucifican. Y esto es lo que más duele. Los representantes del papado conocen tan bien nuestra causa como Judas sabía que ese Maestro suyo no había hecho

nada malo, y sin embargo, bajo una apariencia de santo hace de traidor. Igualmente, nuestros adversarios de hoy saben muy bien que nuestra enseñanza es correcta, y con todo, no dejan de perseguirnos.

Este pecado no hay que tratar de hacerlo desaparecer mediante oraciones. Tampoco Cristo ora por Judas, sino que le despide con las palabras: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" ¿Cómo se puede orar por un hombre cuando éste es consciente de que obra en contra del Espíritu de Dios, y a pesar de esto piensa "no quiero hacer lo que me dicta la conciencia, sino que quiero condenarte"? Ahí no caben oraciones, la única oración que corresponde es la de que Dios conserve su trono y divinidad y salga a la lucha en bien de su causa. Si no quiere defendernos a nosotros, defiéndase al menos a sí mismo; aunque nosotros muramos, él ha de quedar vivo y permanecer para siempre. ¡Oh Señor, abate a todos los diablos con sus ataques, derriba los tronos del papado, para que tú seas el único Dios, ahora y siempre!

Después de la primera tribulación que le infligió el diablo, la segunda en cuanto a gravedad evidentemente fue ésta, la de que su discípulo, que fue su compañero y apóstol, le dio el beso traidor. Igualmente, lo que a nosotros nos duele no es tanto el hecho de que nos persigan los turcos; como enemigos declarados de Dios, no pueden hacer otra cosa, porque así está escrito. Mucho más doloroso es que el duque Jorge y el arzobispo de Maguncia estén haciendo lo mismo. En efecto: ellos tienen en común con nosotros todos los dones de Dios, el sacramento y el evangelio, y sin embargo, son ellos los que en verdad causan el más grave daño a Cristo y su iglesia. Podemos imaginarnos, pues, que lo que más dolió a Cristo fue este beso de su discípulo.

III. La tribulación en la casa de Caifas.

En primer lugar, Cristo tiene que librar una lucha en el terreno de los pensamientos, allá en el huerto, con el diablo; luego se ve enfrentado con una boca impía, la de Judas —y éste Judas se lleva la victoria— e inmediatamente después se levantan contra él los puños de los hombres que sin miramientos le conducen al matadero. En tiempos pasados hubo una discusión acerca de si Cristo fue llevado a la casa de Caifas o a la de Anás. Esto último parece ser lo más verosímil. Tal vez, Anas tenía su casa en aquella misma calle, y se le quería lisonjear un poco; y así, Cristo tuvo que servirles de hazmerreír y objeto de exhibición. Se lo llevaron a Anas con el único fin de que éste pudiera verle. No fue más que una especie de atención para Anás con que querían decirle: "Aquí tenemos al hombre a quien tú odias tanto."

Anás por su parte envió a Cristo inmediatamente a la casa de Caifas, a donde se dirigió también él mismo, de modo que todos los sucesos ulteriores, todos los padecimientos de Cristo tienen por escenario la casa de Caifas, a saber, la triple negación de Pedro y la deserción de todos los discípulos, que dejan a Cristo completamente solo, sin un único hombre con quien pudiera hablar. Ya al orar allá en el huerto de Getsemaní estuvo rodeado de diablos. Pero en aquellos momentos de angustia al menos se hallan a su lado sus discípulos y quieren ayudarle, si bien tiene que reprenderlos por la debilidad de su carne. Pero aquí le vemos solo y abandonado en la casa de Caifas, y frente a él, la muchedumbre de los que le cubren de blasfemias. Después de haber padecido el efecto de los pensamientos diabólicos y de las malas lenguas, cae ahora también corporalmente en las manos de los impíos. Y con todo esto continúa aquella tribulación con que Satanás acosa su corazón; acto seguido caen sobre él con palabras blasfemas que él soportó en silencio, y por último le atormentaron con los martillazos y los clavos con que le fijaron en la cruz. Sus ojos no ven más que dolores. Todo le atormenta: el corazón, la lengua, y

todos los miembros. ¡Esto sí puede llamarse una pasión! Eran momentos en que Satanás se empeñaba en volcar sobre Jesús todos los sufrimientos posibles.

A esto se agrega otra cosa más: Cuando buscan pruebas en contra de Cristo, no fueron capaces de hallarlas, y por más testigos que se levantaron, no pudieron ponerse de acuerdo, pues éste decía una cosa, aquél otra, de modo que el concilio no se pudo fiar de los testimonios presentados. Así ocurrió también con lo que declararon los últimos dos testigos: "Éste dijo: puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo" (Mateo 26:61). Ni siquiera éstos concordaban. ¿Y se procedió de la misma manera en Augsburgo? No puede probarnos ningún error o culpa, y no obstante se apresuran darnos muerte. Esto es el resultado cuando se condena a gente sin antes haber puesto en claro quién es el culpable. Así pues, todo recurso es bueno si se dirige contra aquel hombre inocente, y no importa cuál sea el motivo invocado. Ya que tienen capturado, buscan con toda solicitud cómo podrían condenarle. De ninguna manera quieren soltarle, pero pese a todos sus esfuerzos, no pueden hallar contra él ningún testimonio válido. Así vemos que los impíos tropiezan con más dificultades al practicar el mal, que los piadosos al hacer el bien. En esta forma sigue el interrogatorio hasta que el sumo sacerdote le dice a Cristo: "Te conjuro por el Dios viviente, qué nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios" (Mateo 26:63). Y cuando Jesús responde: "Tú lo has dicho", todos gritan: "¡Es reo de muerte!", porque está escrito en la ley: El que se llama a sí mismo Hijo de Dios, es digno de muerte. Pero no se les ocurre pensar que a Pilatos no se le da un bledo de esta ley.

El fruto de la pasión de Cristo para nuestra fe.

1. Debemos considerar la pasión de Cristo como sufrida en bien nuestro.

Ésta es la primera parte de la pasión de Cristo, la cual nos muestra cómo él sufrió en el huerto y de parte de Judas y luego en la casa de Caifas. Y ésta es a la vez la primera forma como se ha de predicar acerca de la pasión, a saber, relatar, conforme al testimonio de la historia sagrada, lo que Cristo padeció. Así se predicaba acerca de la pasión en el papado, y estaba bien hecho; porque esto contribuye a que al menos algunos hombres comprendan al fin que Cristo murió por ellos. Debe admitirse empero que en aquellos sermones, la historia de la pasión no se interpretaba en este sentido, sino más bien en el sentido de que debe servirnos de recuerdo y despertar nuestra compasión para con Jesús. Así, ya lo decía Alberto Magno: "Mejor es contemplar siquiera una vez al año, y someramente, la pasión de Cristo, que ayunar y rezar el Salterio durante el año entero." Es verdad, sí, siempre que el interés esté dirigido realmente a la obra de Cristo; porque así al menos queda grabado en nuestro corazón el texto de la historia de la pasión. El error de Alberto es que lo interpreta todo exclusivamente con miras a la obra de Cristo. Ya vemos: no basta con saber cómo transcurrió la pasión de Cristo; ante todo hay que saber qué fruto trae; este fruto es: la fe. En efecto: la pasión de Cristo no es meramente una sublime obra y un ejemplo digno de ser imitado, sino que requiere fe. La fe es la verdadera aplicación de la pasión, pues nos enseña qué provecho hemos de sacar de ella. Esto nos ocupa durante el año entero, y nos ocupa también en este momento en que yo pregunto por qué padeció Jesús todo esto. Pues esto es lo que en verdad importa: que veamos el propósito y la intención con que lo hizo. No quiere que me detenga sólo en considerar cuán profundo fue su dolor, y cuán grandes sus trabajos, sino que ante todo debo saber por qué se sometió a semejante sacrificio, y por qué derramó tan voluntariosamente su sangre. Porque todo esto se hizo por ti. Así lo explica Isaías (53:4 y sigs.); las heridas, el desesparar de la vida, y todo lo demás, se hace por causa tuya. Por

cuanto tú estabas aprisionado en pecados, el Señor impuso el castigo a Cristo para que nosotros obtuviéramos la paz. Así como Cristo vino a los hombres y se hizo semejante a ellos, así tiene que padecer ahora lo que los hombres tendrían que padecer.

2. La pasión de Cristo es incompatible con los abusos cometidos por la iglesia romana.

Esto es lo que ante todo debiera haberse destacado en la predicación acerca de la pasión de Cristo, para evitar que surgieran los cultos blasfemos. En efecto: si los papistas se limitaron a hacer ver que la muerte de Cristo solamente derrotó a Satanás, y venció la maldad de un Herodes, Judas y otros, pasaron por alto lo más importante. Pues lo que Cristo hizo, lo hizo no para vencer a Pilatos y Judas, sino para que tú no sufieras daño, tú que estás bajo el pecado, la muerte y el diablo, sujeto a Judas y a los tiranos, tú que eres merecedor de la muerte, del infierno, del juicio de Dios y de todo otro mal. Así es como también Pablo habla de la pasión de Cristo. Si esto se reconociera claramente, y si se depositara la fe en ello, no se permitiría que penetrara en la iglesia ninguno de esos otros cultos con que los hombres pretenden poder reconciliar a Dios. Pero ningún obispo o monje lo reconoció, ninguno procedió como habría correspondido. Si lo creyeran, ni uno solo quedaría en su estado monacal, sino que todos dirían: Si esto es cierto, si Cristo murió a causa de los pecados míos, si tiene razón Isaías al decir que Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (Isaías 53: 6), y él herido fue por nuestras rebeliones (v. 5), y si también tiene razón Pedro quien escribe: "Vosotros fuisteis sanados y salvados por las heridas de él" (1ª Pedro 2:24), y si hemos sido librados de nuestros pecados por los sufrimientos y las luchas de Cristo, por su temor y sudor, entonces yo me pregunto: ¿qué estoy haciendo todavía en mi obispado y en mi celda monacal?" Ya no elevaría yo mis ojos, llenos de admiración, hacia la magnificencia del papado, sino que diría: "Es verdad, ellos predicán el texto de las Escrituras; pero al mismo tiempo dicen también: 'tienes que entrar en un convento, tomar los hábitos, vivir en continencia y pobreza; entonces, con tu obediencia, continencia y pobreza, vencerás al diablo.' Y en esta forma han dado una apariencia deslumbrante a aquellas virtudes monacales, y han desviado a los hombres de la pasión de Cristo, de esta pasión que nos dice que mis pecados han sido cargados sobre él, y que el mismo Satanás ha sido vencido en bien mío. Ellos en cambio dicen: "Tus pecados siguen siendo carga tuya, y tú mismo tienes que vencer a Satanás y a la muerte." ¡Todo, todo tengo que hacerlo yo! ¿Y qué es el resultado? O un santo empedernido, o un pecador desesperado. Pues aquí no hay obra de castidad o cía pobreza que valga. Al verse en la tribulación, ¿quién podría soportar siquiera un pecado de los comunes y corrientes? Estando presente el diablo que nos acosa, es imposible eme el corazón soporte aun el más insignificante de los pecados. Y sin embargo, no hacen ni hicieron otra cosa que insistir en el esfuerzo propio, especialmente en el día de hoy en que suelen predicar sermones de ocho horas, y con esa su desvergonzada predicación no hacen más que realzar la eficacia de sus ordenaciones y órdenes y demás instituciones humanas. Esto no es ni más ni menos que crucificar a Cristo de nuevo.

3. La pasión de Cristo sufrida por nosotros nos ayuda a vencer las tribulaciones.

Cuando nos asalta el pecado y la tribulación, ¿qué hemos de hacer? La Escritura dice: El Señor cargó los pecados tuyos sobre Cristo, y éste venció en el huerto a Satanás cuando se vio fosado por él. Lo que tienes que hacer, pues, al sentirte atribulado, es hablarte a ti mismo de esta manera: "Y bien: no soy yo quien vencerá a Satanás y a la muerte, sino que la victoria ya ha sido

obtenida, por Jesús. Otra victoria sobre el pecado, la muerte y el diablo no existe." Ésta es la manera como se debe interpretar la pasión de Cristo, porque su finalidad no es hacer que rompamos a llorar y nos flagelemos, como lo hacían los monjes y en especial los descalzos, los cuales, al haberlo hecho, creían ser mejores aún que Cristo, cosa con que sin duda hicieron reír de contento a Satanás. Además, ¡me siento tan satisfecho conmigo mismo, porque imité al Hijo de Dios! Y eso lo vendían después, como méritos supererogatorios, a los campesinos a cambio de su cereal y sus corderos. Tal es lo que hoy afirman en sus sermones; también esto significa crucificar a Cristo de nuevo. Tú en cambio debes proceder de la manera siguiente: Cuídate mucho de que no sea la pasión tuya lo que vence a Satanás, la muerte y el pecado. Aprende a ver en la pasión de Cristo no simplemente un relato histórico, sino cree que la muerte que pesa sobre mí y sobre ti, realmente no pesa sobre nosotros sino sobre Cristo, lo mismo que el pecado y Satanás. Sí, confía en esto, para que al dar los últimos alientos, o sea, en la muerte, en el pecado y la angustia, puedas decir: No soy yo quien tiene que cargar con todo eso, sino que mi corazón se aferra al hombre que llevó nuestro pecado, diablo y muerte. Así es como se celebra de veras la pasión de Cristo y se le tributa el más alto, honor, y así es como él quiere que hagamos. Por otra parte, de nada le sirve que simplemente le compadezcas porque fue traicionado, azotado y crucificado. Más aún, esa compasión significa para él una deshonra y una blasfemia. En cambio, le doy a Cristo la honra debida si ensalzo su pasión en lo más profundo de mi ser y digo: "Por más grave que fuera mi pecado, creo no obstante que la pasión de Cristo es más fuerte que los pecados míos y los del mundo entero." Mas si quiero vencer mis pecados con mis propias fuerzas, desconfío de que Cristo sea capaz de hacerlo, a pesar de que justamente para esto él se sometió a todos los dolores y afrentas. Y así le abandono a él y me refugio en mí mismo. Por eso di, también en la hora de la muerte: "La estima en que tengo tu pasión, oh Cristo, es tan alta que no dudo ni un momento de que tú hayas vencido la muerte por mí." Entonces rendiste a la pasión de Jesús el más grande honor.

4. La pasión de Cristo sufrida por nosotros debe defenderse contra toda doctrina falsa.

Esta honra que merece la pasión de Cristo la obscurecieron y la seguirán obscureciendo. Pues me temo que vendrán falsos maestros, como dice Pablo (Hechos 25:30), que en un principio harán sólo escasa mención de este artículo de la fe, y al fin lo dejarán completamente a un lado. Ahora bien: Satanás no puede venirse sin el beso de Judas: no dejarán de relatar las palabras de la historia de la pasión, pero entremezclarán su propia ponzoña hasta extinguir finalmente por completo el entendimiento correcto de lo que Cristo hizo por nosotros. Muchas veces os lo advertí. Yo mismo ando en dudas día y noche acerca de este artículo. No puedo comprenderlo tan plenamente como debiera. Me resulta más fácil escribir y hablar sobre él que sentirlo en el corazón. ¿Qué sucedería si no me ocupara constantemente en él, si pese a todo mi meditar sigo siendo tan poco firme en mi comprensión? También Pablo, y Cristo mismo, aunque hablan mucho de las buenas obras, sin embargo siempre hacen mención de la pasión de Cristo sufrida por nosotros, y de este artículo de que "él ganó la iglesia del Señor por su propia sangre", Hechos 20:28.

Así, pues, hemos seguido hoy la costumbre del papa y hemos predicado en primer lugar la historia misma de la pasión de Cristo, que el papa ha tenido que dejar intacta, a causa de los escogidos. Pero no debemos detenernos aquí, sino proseguir adelante y explicar con toda insistencia por qué tuvo que padecer Jesús todo esto, a saber, que el pecado mío y la muerte mía fueron cargados sobre él, y él se hace cargo de ellos. Mediante esta prédica, el Señor puede ganar

mucho pueblo para su iglesia. ¿Qué quiere entonces el papa y sus obispos y monasterios? Todos ellos son por ende condenados, porque enseñan otra cosa y me echan mis pecados sobre mis propios hombros. Cuando iba a confesarme, tendrían que haberme perdonado mis pecados y haberme dirigido hacia la pasión de Cristo. Pero si bien hablaban también de Cristo, sin embargo enseñaban al mismo tiempo que sólo observando los preceptos y las obras recomendados por ellos se podía tener la certeza del perdón y de la salvación. Pero esto es una burda mentira; porque si los pecados están amontonados sobre Cristo, y si Cristo hace satisfacción por ti, no se los puede volver a echar sobre ti. Lo uno no es compatible con lo otro: o es en vano la pasión de Cristo, o lo es el obrar tuyo. Prefiero empero que perezcan todas mis obras con que blasfemé del Señor, antes de que se me arrebatase el fruto de la pasión de Cristo. Si crees esto de verdad, ni los herejes ni los facciosos te podrán hacer daño alguno. ¡Dios nos lo conceda por su gracia!

SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 27 DE ENERO DE 2007.